

---

---

WILLIAM MCGIVERN  
UN ASESINO CONTRATADO

---

---



E T I Q U E T A



N E G R A

Malcom le ofreció a Domingo que por una copa de brandy barato mataría a cualquiera que le indicase...

\* \* \*

«Una novela de un poder y una fuerza interior tremendas». *San Francisco Chronicle*.

\* \* \*

«Algún día McGivern será, al igual que Graham Greene, reconocido como un novelista de estatura y complejidad espiritual; mientras tanto, los lectores podrán gozar de los libros de uno de los más hábiles narradores de nuestros días». *Anthony Boucher*.

# PRÓLOGO

*Generacionalmente, William P. McGivern, nacido en Chicago a finales de 1923, hace su carrera literaria junto a los escritores de la guerra fría. Sus notables contemporáneos fueron el fascista Mickey Spillane, el seco Fredic Brown, los intentos de William Irish por hacer retornar la novela negra a una literatura blanca e ingeniosa, y el marginalismo de Thomson y Horace McCoy.*

*A partir de 1948, y tras una carrera universitaria y otra militar en el ejército norteamericano durante la segunda guerra mundial, McGivern va a experimentar a contracorriente a favor de una novela heredera del estilo de la segunda generación de los hard-boiled: Cain, Goodis, separándose de Spillane y sus epígonos y de la novela del «procedimiento criminal» que comienza a encabezar en aquellos años triunfalmente Ed McBain.*

*Los temas de su primera fase girarán en torno a la corrupción policiaca: Shield for murder, The big heat, Rogue cop (estas dos últimas de próxima aparición en Etiqueta Negra) y The darkest hour. En estos años (inicio de la década de los años 50) escribirá sus mejores novelas. Tras una etapa en la que descende su producción literaria mientras crece su intervención en el cine y la TV como guionista, regresará en los años 60 con una serie de narraciones en las que, según señala acertadamente Javier Coma, brilla la desesperanza. Varios de los libros de esta fase estarán ambientados fuera de los Estados Unidos, en áreas del mediterráneo europeo y africano, particularmente en España. De esta tercera época de McGivern es Un asesino contratado.*

*A finales de los años 60 y principio de los 70 McGivern trató de realizar su carrera literaria y produjo varias novelas de excelente factura con escenario neoyorquino, que le permitieron volver a escalar la lista de los bestsellers en los Estados Unidos. De esta etapa son novelas conocidas en España como La noche del degollador y Objetivo Wall Street.*

*Sus historias han sido llevadas al cine por Robert Wise, Rohert Butler y Fritz Lang entre otros.*

*McGivern murió en California a finales de 1982.*

**PACO IGNACIO TAIBO II**

## 1

Estaba sentado, bajo un sol abrasador, en la arena amarillenta de una playa del sur de España. La playa se extendía como una lengua de tierra al pie de un pequeño pueblo de pescadores, llamado Cártama. Frente a él, brillaba el mar azul y tranquilo, y el intenso resplandor del sol en la superficie le dañaba sus irritados ojos. A su espalda, se alzaban las montañas de Sierra Nevada, onduladas y parduscas; en su interior crecía una sed que sabía que pronto sería peligrosa.

A unos cien metros a la derecha, la playa ofrecía un animado y colorista cuadro. Las conversaciones en voz alta y la risa alborozada de los turistas se mezclaban con los gritos de los camareros, que servían bebidas, gambas y sardinas en los chiringuitos situados al pie del camino que conducía al pueblo.

Las muchachas se tendían en bikini sobre la arena, como aceitosas estatuas de bronce bajo los rayos del sol; los niños jugueteaban entre las casetas y las sombrillas multicolores; un grupo de jóvenes nadaba mar adentro, sus brazos brillaban en el agua, moviéndose lenta y rítmicamente. Más allá de los bañistas, las velas blancas de los barcos de pesca destacaban contra el azul del cielo.

El hombre cruzó los brazos sobre las rodillas y apoyó la cabeza en las muñecas. El sol formaba una capa de luz trémula alrededor de su mugriento traje blanco. Las moscas zumbaban en torno a su cabeza. No participaba de la agradable y ruidosa actividad de la playa. Nadie se le acercaba, nadie parecía interesarse por él. Permanecía sentado al sol, en soledad.

De pronto, notó la presencia de un objeto nuevo a sus pies. Era rojo y redondo, salpicado de brillantes gotas de agua.

—Es mi pelota —dijo una voz en tono poco convincente.

Levantó la cabeza lentamente y sintió en la cara la luz cegadora del sol. Le dañaba los ojos. Parpadeó y se humedeció los labios resecos.

A unos dos metros, una niña delgada y rubia, de pantalón corto color amarillo y un innecesario bikini alrededor de su pecho moreno todavía plano, lo miraba con solemnes ojos azules, frunciendo el ceño. En la mano sujetaba una botella mediada de gaseosas de naranja.

—¡De acuerdo, es tu pelota! —le dijo.

La niña dio un paso hacia adelante con la misma cautela con que lo haría una criatura salvaje.

—¿Podría tirármela, por favor?

—¡Claro!

Hizo rodar la pelota roja sobre la arena. La niña se inclinó para recogerla. Sus movimientos eran sorprendentemente rápidos y elegantes.

—Gracias —dijo—. Tengo que irme ya.

Dio media vuelta dispuesta a marcharse, pero al instante volvió a mirarlo indecisa. Parecía preocupada, como si creyera que el encuentro había sido rápido y precipitado.

—Muchas gracias. Intentaba lanzarla al agua, pero no apunté bien y llegó rodando hasta aquí.

—Comprendo —respondió, sin mover los doloridos labios resecos.

—¿Por qué está siempre tan sucio? —le preguntó la niña cortésmente. Apoyó un pie encima del otro para evitar por un momento el contacto con la arena caliente.

No hace tanto tiempo, pensó él, meses, incluso quizás semanas, este comentario podría haberlo hecho llorar; pero nunca más. Todo sentimiento inoportuno había sido arrancado de su interior de manera definitiva y brutal. Estaba tan

limpio y vacío como si la operación se hubiera llevado a cabo con papel de lija y soplete. Sin embargo, pronto necesitaría beber algo para anestesiar la zona a la que el papel de lija y el soplete no podían llegar, y fue entonces cuando reparó en la botella de gaseosa que la niña sujetaba en la mano. La visión lo transportó a los bares situados al pie del camino que conducía al pueblo.

—¿Cómo te llamas?

—Jennifer. Jennifer Davis. ¿Y usted?

—Tony. Tony Malcolm. ¿Acostumbran a llamarte Jenny?

—Sí —suspiró.

—Jenny es un nombre bonito. Tony y Jenny, ¿qué te parece? Nuestros nombres riman. Apuesto a que tú también eres americana.

—Sí. Vamos a pasar aquí un mes de vacaciones. Mi madre dice que no le gusta España. La primera semana se puso enferma a causa de la comida, y el médico no hablaba ni una palabra de inglés.

Tony Malcolm sonrió. Se apartó de la frente un mechón de pelo negro impregnado de arena. Tenía treinta y dos años, los labios resecaos, las mejillas sin afeitar, los ojos legañosos y enrojecidos, pero su sonrisa, intencionada y hábil, llamó la atención de la niña.

—Deja que te cuente un secreto, Jenny —dijo Toni Malcolm, inclinándose hacia adelante ligeramente, sin llegar a asustarla o provocar que se alejara, sólo lo necesario para subrayar el tono de comicidad y conspiración que albergaba su voz—. Te diré por qué estoy siempre sucio. Cuando era un muchacho, aproximadamente de tu edad, tenía una institutriz muy severa. Me obligaba con frecuencia a ir al cuarto de baño a restregarme las orejas y a cambiarme de ropa. Era una mujer terrible, fea como una bruja.

Malcolm alzaba la voz teatralmente, y los ojos de la niña, llenos de fascinación, parecía que iban a salirse de sus órbitas.

—¿Era realmente fea? —le preguntó con vocecilla jadeante.

—Haría que cualquier bruja a su lado pareciera una estrella de cine. Aunque lo peor era tener que lavarse y restregarse mañana, tarde y noche —se encogió de hombros cómicamente—. Cuando crecí, decidí terminar con todas esas tonterías. Nada de cambiarse de ropa tres veces al día —le sonrió alegre y seguro de sí mismo—. Estoy sucio, porque me gusta estar sucio, Jenny. Ahora, conoces mi secreto. ¿No existen cosas que te gustaría hacer pero no puedes hacerlas, porque siempre hay alguien que te lo impide?

—No lo sé.

Miró intranquila por encima del hombro, como si temiera que, por casualidad, la vieran u oyeran los grupos de turistas que tomaban el sol entre las sombrillas multicolores. Luego, resultaba obvio que había llegado a una conclusión, se sentó sobre los talones en frente de él y dijo con voz grave y flemática.

—Bueno, lo mismo da. No puedes hacer lo que quieres cuando eres joven, tienes que esperar hasta que crezcas como tú.

Malcolm cogió un puñado de arena y dejó que resbalara lentamente entre sus dedos.

—Pobre Jenny —dijo con festiva solicitud. Por casualidad, sus ojos se posaron en la botella que sujetaba la niña—. ¿De dónde la sacaste?

—De ahí atrás —respondió, volviéndose para señalar la zona de la playa que solían utilizar los turistas—. Del bar, me la dio Manuel.

—¿La pagaste?

—No, tengo crédito para dos botellas al día, una por la mañana y otra por la tarde —dijo muy seria.

—¿Simplemente vas al bar, pides una botella de gaseosa y Manuel te la da?

Asintió con la cabeza de manera rimbombante, complacida por la expresión de incredulidad que reflejaba la cara



de Malcolm.

—Una por la mañana y otra por la tarde.

—¿Te daría Manuel cualquier otra cosa que le pidieras?

—¿Como qué?

—Oh, un bocadillo, gambas, sardinas. ¿Te lo daría?

—Nosotras comemos en el hotel. Tenemos pensión completa —dijo, enfatizando la palabra «pensión».

—¿Pero en el caso de que se lo pidieras?

—Me imagino que sí. No lo sé.

Malcolm sintió un nudo en el estómago.

—Imagina que le pides una botella de vino, Jenny. ¿Qué crees que diría?

—Oh, no podría hacerlo —respondió, abriendo los ojos sorprendida—. Mi madre ni siquiera me deja tomar un traguito de vino o de cerveza. Aquí algunos niños beben, pero mamá dice que es sólo para presumir y que no deberían empezar tan pronto a hacer algo para lo que tendrán mucho tiempo.

¡Maldita sea! pensó Malcolm, hastiado y de mal humor. Una ligera sensación de frustración crecía en su interior.

—Yo no mencioné que tú bebieras vino —dijo, sonriendo tan ampliamente que le dolieron las mejillas y los labios quemados por el sol—. Sólo quería que le gastáramos una broma a tu madre.

—¿La conoce? —Ladeó la cabeza mirándolo con escepticismo.

—¡Claro! —Malcolm se lo jugaba todo a su intuición—. Tu madre está divorciada, ¿verdad?

Jenny lo observaba con franco interés.

—Sí, papá perdió la cabeza —suspiró ligeramente—. Nos echa muchísimo de menos, pero tuvo que dejarnos. Mamá dice que es como estar enfermo, no puede evitarlo. Dice que deberían encerrarlo.

Malcolm contuvo la respiración durante un instante, mientras buscaba con urgencia otro puntal con el que reforzar la creciente confianza de la niña. Estaba aturdido por

la buena suerte que había tenido en su primera conjetura. Los latidos de su corazón resonaban con la misma intensidad que el romper de las olas, pero no importaba, todo carecía de importancia ahora, pues casi podía sentir el delicado contorno de una botella de vino mecida en sus manos. Aún temblaba ante la oportunidad que se le había presentado. El pueblo estaba lleno de mujeres divorciadas. De todas formas, podría haberse equivocado.

—Ésa es la razón por la que a veces tu madre está triste —dijo dulce y acariciadoramente, utilizando su voz como si fuera una red con la que pudiera atrapar las alas de sus sentimientos y deseos—. Cuando piensa en tu padre se entristece y llora, ¿verdad?

Jenny miraba pensativa el mar radiante.

—No, le echa bastantes pestes cuando estamos en una estación o en un puerto y se pierden las maletas o cualquier otra cosa. O cuando no envía lo que se supone tendría que enviamos.

Apartó la vista del mar y observó a Malcolm con atención. Estaba lejos de ser una niña estúpida. A lo largo de sus escasos años de vida, había oído suficientes discusiones y recriminaciones entre sus padres, para convencerse de que intentar comprender el mundo de los adultos era una pérdida de tiempo. Por lo tanto, había centrado su curiosidad y especulación en el área más pequeña y manejable de sus propios sentimientos y reacciones. Y ahora se preguntaba por qué Malcolm no le era indiferente. No era el mismo sentimiento que le producían los gatos recién nacidos o los pájaros con las alas rotas. Conocía y entendía vagamente esa reacción, y no le agradaba; la hacía sentirse indefensa. Esta vez era diferente. Sabía que Malcolm quería ver algo de ella, con avidez y desesperación, pero no imaginaba qué podía ser. Parecía tener calor sentado allí, en la arena, con aspecto mugriento. *Mugriento*, esa era la palabra exacta. Daba la sensación de que un enorme dedo pulgar había allanado su cara triste y malhumorada, de labios resecos y

ojos enrojecidos, desdibujando cualquier gesto o sonrisa que de ella brotara. Tenía la frente impregnada en sudor, pequeñas gotas que manaban bajo los mechones de áspero pelo negro y resbalaban hasta las cejas, brillando como diminutas piedras preciosas a la luz del sol. Sus ojos se iluminaban cuando examinaba con atención la cara de Jenny. En cierta ocasión, en el parque, un hombre la había mirado de la misma manera, y su madre la había arrastrado de allí con los labios apretados y furiosa. Sin embargo, esta vez era, en cierto modo, diferente; diferente del anciano bien vestido que le había preguntado en el parque, nervioso y educado, si podía arreglarle el vendaje de la rodilla.

—Estaba pensando que podríamos gastarle una broma a tu madre —dijo Malcolm—. Algo que la hiciera reír, que la animara.

Jennifer sabía que mentía, pero de todas formas le preguntó:

—¿Qué clase de broma?

—Bien, te lo contaré —dijo sonriendo, mientras se rasaba la frente con la mano. Un sol abrasador castigaba su cabeza descubierta y le impedía pensar con claridad en lo que debía decir; las palabras huían de su mente como asustadizos ratones—. Una noche la invité a una copa. ¡Ya verás qué broma! —dijo, riendo ligeramente—. Había mucha gente en el Quita Penas, la invité a una copa y le dije, a tu madre, le dije: «espera y verás, uno de estos días me invitarás a una botella de vino y ni siquiera lo sabrás».

Malcolm observó a la niña con atención y parpadeó repetidas veces, al ver cómo su cuerpo y su pelo rubio comenzaban a distorsionarse y retorcerse en frente de él, bajo los exasperantes rayos solares. Parecía como si una cortina de llamas se hubiera interpuesto entre los dos, consumiendo el pequeño cuerpo de Jenny. Tuvo un arrebató de miedo. ¿Qué le había contado? Algo acerca de la bebida. Comenzó a reírse, intentando recordar lo que le había relatado.

—¡Es divertido, muy divertido! —dijo indeciso, y luego su voz se desvaneció lentamente, al comprobar que su mente era incapaz de recordar.

—¿Por qué es tan divertido? —le preguntó Jenny.

—Es una broma de personas adultas —respondió desesperado—, pero sería muy divertido si fueras ahora mismo al bar de Manuel y le dijeras que quieres que te dé, *insiste* que te dé —pegó un leve puñetazo en la arena— una botella de vino para tu madre y unos amigos. Después me la traes. Será muy divertido cuando se lo contemos, ya verás.

—No creo que conozca a mi madre —dijo Jenny, poniéndose de pie intencionadamente—. Sólo quiere que le consiga una botella de vino, que la robe, que es lo mismo. Y no creo que esté sucio porque le guste. Está sucio porque no tiene otro remedio. No me ha contado la verdad.

Malcolm intentaba medir con extremo cuidado hasta cuándo podría resistir sin beber algo. Después de laboriosos cálculos, decidió que se encontraría bien por lo menos durante una hora, y que podría pasar ese tiempo sentado tranquilamente al sol. Pensó en los bares del pueblo. El Quita Penas, el Sevilla, el Central. En alguna parte, conseguiría algo de beber. Mientras tanto se encontraba bien. No se movería, ni siquiera se arrastraría hasta la sombra. Se encontraba bien, pues no podía recordar ni sentir dolor.

—¿No es verdad? —preguntó Jenny, indecisa—. Quiero decir, me mentiste, ¿no es cierto? No me contaste la verdad.

Malcolm levantó la cabeza y parpadeó confuso al oír el sonido de su voz. Pensaba que se había ido.

—¿Verdad? —dijo con voz apagada y perpleja—. No conozco ninguna.

Sus palabras eran tan débiles e imprecisas que Jenny se inclinó hacia adelante, con un movimiento rápido que recordaba al de un pajarillo, para intentar comprenderlo. Ya no estaba tan enfadada. Parpadeó evitando que se le llenaran los ojos de lágrimas, al comprobar cómo las moscas

zumbaban alrededor de la cabeza de Malcolm y cómo las gotas de sudor que se habían acumulado en sus pestañas brillaban al igual que gemas. Supo que Malcolm la miraba sin reconocerla, había olvidado todo lo referente a ella. Al verlo en ese estado, un sentimiento de compasión no deseado penetró en las profundidades de su ser, llegando hasta el área inexpugnable que ella imaginaba el centro exacto de su cuerpo y que siempre había intentado mantenerlo a salvo del resto del mundo.

—Lo conseguiré —dijo, su voz temblaba de dolor y compasión—. Te traeré el vino; en serio, te lo traeré.

Malcolm tragó saliva con dificultad.

—Sí, sí, un litro; recuerda, un litro de vino tinto. Date prisa.

Observó, ilusionado y ansioso, cómo la niña se volvía y echaba a correr por la arena caliente hacia la zona en que estaban colocadas las sombrillas. Su cabeza se llenó de súplicas, súplicas para que volviera sana y salva. Había partido en un viaje arriesgado, en el que cientos de trampas acechaban poniendo en peligro su cuerpo esbelto y ágil. Todo lo que encontraba a su paso irradiaba una luz seductora y pernicioso. Los cuerpos brillantes de los turistas tumbados al sol, los destellos y murmullos de las sombrillas multicolores mecidas por el viento, el rugido de las blancas olas y los reflejos de las bandejas repletas de vasos y copas que portaban los camareros. Sonidos y luces que amenazaban con engullir y destruir su pequeño cuerpo en movimiento.

Pegó un puñetazo en la arena caliente. Mentalmente profería palabras de aliento. ¡No hables con nadie! ¡Aléjate de ellos! ¡Corre, corre, corre...! Un súbito arranque de cólera invadió sus pensamientos, cuando vio que un muchacho de pelo negro le impedía el paso. Le sacaba a Jenny la cabeza y su pecho y hombros estaban tan bronceados que hacían pensar en una tableta de chocolate. Sonrió mostran-

do la dentadura y cogió a Jenny por los hombros, con la intención de conducirla hacia la orilla del mar.

¡Maldita sea! pensó Malcolm, ¡maldita sea, deja que se vaya! Tenía los nudillos en carne viva de golpear la arena. Cuando vio que Jenny eludía al muchacho y corría, a salvo, hacia el bar de Manuel, gritó con el mismo entusiasmo con que lo haría si se proclamara ganador el caballo al que había apostado todos sus ahorros. ¡Eres un encanto! pensó, casi llorando de agradecimiento. Sabía que ahora nada podía detenerla. Era tan libre como una flecha lanzada por un arco.

Jenny estaba hablando con Manuel en el bar y señalaba hacia las sombrillas. Malcolm advirtió esa muestra de astucia y se rodeó el cuerpo con los brazos, comprimiendo su esperanza y felicidad al pequeño círculo que formaban sus propios miembros.

Saldrá bien, ¡tiene que salir bien!, pensó. Eran tan inteligente y leal que nada en el mundo podría detenerla. Manuel se encontraba ya al lado del cajón en el que guardaba el vino entre barras de hielo. Cogió una botella roja y brillante y se la entregó a Jenny, que la arrimó a su pecho sujetándola con los brazos. Esbozó una sonrisa y luego dio la vuelta para desandar la distancia que le separaba de Malcolm.

Malcolm apoyó la cabeza sobre los brazos cruzados y cerró los ojos. Temblaba desvalido; la tensión había sido tan grande que su cuerpo parecía incapaz de mantenerse erguido, como si acabaran de descolgarlo de una percha. Aspiró profundamente, reponiendo las fuerzas y preparándose para el adormecedor consuelo que le traían los delgados brazos de la niña.

—¿A dónde crees que vas con esa botella de vino? —preguntó la madre de Jenny con severidad.

Jenny se detuvo tan bruscamente que casi pierde el equilibrio. Volvió la cabeza y vio a su madre a unos cuatro metros de ella, de pie al final de la pasarela de madera que conducía a la playa.

—¡Hola! —dijo, con una amplia sonrisa de culpabilidad.

La madre de Jenny se llamaba Coralee. Era una mujer alta y joven, de pelo rubio natural y una bonita cara carente de expresión. Vestía un sombrero de paja de copa alta, unas llamativas gafas de sol de cristales oscuros y un bikini no mayor que una tira de tela, alrededor de sus redondeadas caderas tostadas por el sol. Llevaba un libro y una bolsa de playa con asas de madera.

—Te hice una pregunta —dijo malhumorada—. ¿Qué estás haciendo con esa botella de vino? Te dije por lo menos una docena de veces, que te portes bien cuando vienes sola a la playa.

Coralee Davis no estaba de especial buen humor y la visión de su hija corriendo con una botella de vino en los brazos aumentó su exasperación. Había comido demasiada paella a la hora del almuerzo, para luego caer en un sueño pesado que le produjo un fastidioso dolor de cabeza. Una vez despierta, en la habitación que compartía con Jenny, se metió bajo el chorro de la ducha y luego, sintiéndose en cierto modo mejor, se dirigió al bar Sevilla, en donde Paco le había dicho que la vería aquella tarde. Pero Paco no apareció y ella esperó una hora antes de volver a la pensión y cambiarse de ropa para ir a la playa.

Jenny estaba explicando algo.

—¿Qué dices? —preguntó su madre con sequedad—. ¡Habla más alto, por el amor de Dios!

—Es para él —respondió Jenny, señalando con el cuello de la botella a Malcolm, que estaba sentado, con la cabeza apoyada sobre los brazos cruzados a unos cuatrocientos metros de ellas.

Coralee Davis observó con recelo el cuerpo enfundado en un mugriento traje blanco. Luego miró inexorable en di-